

SOBRE LA MEMORIA. EL PASADO PRESENTE EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Juan SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Universidad de Extremadura

Resumen

En este artículo se plantea una reflexión sobre la utilidad y potencialidades que se derivarían de una correcta interpretación del concepto de Memoria Histórica para analizar la realidad social, desde los fundamentos epistemológicos de la Historia del Tiempo Presente. La influencia del pasado sobre el presente, la necesidad sentida y reclamada de revisar y reactualizar el pasado, son preocupaciones que trascienden el ámbito profesional de los historiadores y adquieren una importante dimensión social en los medios de comunicación que incluyen numerosas referencias a este tipo de cuestiones.

Palabras clave: Historia del tiempo presente, metodología, medios de comunicación, ideología, mentalidades, historiografía.

Abstract

This paper aims to reflect upon the usefulness and potential of a correct interpretation of Historical Memory as a concept, used to analyse social reality from the epistemological foundations of Modern History. The past's influence on the present, the felt and claimed need to revise and update the past, are all preoccupations surpassing professional concerns, and acquire a significant social dimension in the mass media by including numerous references to the issue.

Keywords: History of the present era, methodology, mass media, ideology, mentalities, historiography.

La conexión de los conceptos de Historia y Memoria, o más concretamente de Memoria Histórica y Tiempo Presente, y las múltiples posibilidades derivadas de su correcta utilización, deberían constituir permanente motivo de reflexión para los historiadores preocupados por desentrañar las claves del mundo actual. Sin embargo, y aunque pueda parecer paradójico, los historiadores en general, y los españoles en particular, hemos reflexionado muy poco sobre la naturaleza y posibilidades de un concepto, como el de Memoria, tan manoseado como desdibujado. Igual venía sucediendo con el de Tiempo Presente, un concepto que goza cada vez de mayor aceptación en la comunidad historiográfica, y sobre el que tuve ocasión de exponer al-

gunas reflexiones¹ en el Congreso que en 1997 organizamos en Cáceres los componentes del Seminario de Historia del Tiempo Presente de la Universidad de Extremadura, con la pretensión de debatir sobre su significado y mostrar sus potencialidades, partiendo siempre desde una óptica transdisciplinar².

El trabajo que ahora presentamos ha sido concebido como complementario del anterior, porque el Tiempo Presente es el tiempo de la Memoria, porque los historiadores hemos de concebir el presente como un contenido de memoria que constituye el sustrato identitario de las diferentes sociedades, y la plataforma de lanzamiento desde la que estas sociedades se proyectan hacia la incertidumbre del futuro; y porque la Memoria posibilita la disección de un presente, obsesionado tanto por la previsión como por la conservación. Y, en definitiva, porque no se puede confundir el Tiempo presente con la actualidad, ni hacer equivalentes las expresiones de historia del tiempo presente con las de historia inmediata o historia del mundo actual.

Así, mientras que desde la perspectiva de la historia inmediata –una historia, por otra parte, necesaria– se deberían reconstruir los procesos vividos recientemente y relatarlos con una visión rigurosa y profesional, alejada, aunque no excesivamente distante, de la periodística; desde la del Tiempo Presente, el enfoque que debería orientar la actividad de los investigadores sería el de la dialéctica pasado-presente, o, lo que es lo mismo, el análisis de las huellas que el tiempo deja en la actualidad, la manera en que se interpretan los acontecimientos más recientes, y la forma en que se construyen y recomponen los imaginarios colectivos; en suma, una labor historiográfica centrada en el estudio de la acción del presente sobre el pasado y del pasado sobre el presente³. Y todo ello, considerando que el historiador no sólo debe ser considerado como un mero cronista del pasado, pues, como ha escrito el profesor Julio Aróstegui, los historiadores han de pronunciarse sobre la naturaleza de lo histórico y no limitarse solamente a la investigación de lo que ha sucedido en el pasado⁴.

Definidas las líneas maestras de lo que supone enfrentarse epistemológicamente al Tiempo Presente –un tiempo conformado por el pasado, pero abierto a la incertidumbre del futuro; un tiempo sobresaturado de información, pero que se revela ininteligible para el conjunto de los ciudadanos, incapacitados para asimilar los procesos históricos que ellos mismos protagonizan; un tiempo en el que se impone la globalización, a la vez que siguen reforzándose los sentimientos identitarios–, el historiador debe enfrentarse con los fundamentos ontológicos y epistemológicos de ese componente esencial del Tiempo Presente, que es la Memoria histórica que lo condiciona y en gran parte lo determina.

Por todo ello, hemos de afrontar con decisión el reto que supone hacer de la Memoria un objeto central de estudio para los historiadores interesados en el Tiempo Presente. Aunque en principio esta propuesta pueda parecer inofensiva, los presupuestos de los que habría que partir exigen un cambio sustancial, en algunos casos una ruptura, con la forma de concebir el

¹ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J.: “La reconstrucción del acontecimiento histórico a través de los medios de comunicación”, en Díaz Barrado, Mario P. (coord.), *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, Cáceres, Univ. Extremadura, 1998, pp. 109-120.

² Antonio Rodríguez de las Heras, que inspira intelectualmente muchas de las ideas contenidas en este trabajo, ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo a desentrañar estas cuestiones. Sus aportaciones al respecto están contenidas en varias publicaciones, de las que destacamos por su carácter sintético (RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, A.: “Principios de Historia del Tiempo Presente”, en Mario P. Díaz (coord.), *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, Cáceres, I.C.E., 1998), y por su carácter más sistemático (RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, A.: *Trabajos sobre Teoría y métodos en Historia Contemporánea*, edición en Hipertexto, Universidad Carlos III de Madrid).

³ CUESTA BUSTILLO, J.: “Memoria e Historia. Un estado de la cuestión”, en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.), *Memoria e Historia*, Revista *Ayer*, n.º 32, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 206.

⁴ ARÓSTEGUI, J.: *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 46.

conocimiento histórico y con las maneras como desarrollan su oficio muchos historiadores⁵. Porque, como apunta Pierre Nora, la historia de la Memoria debe ser una historia diferente, que no es ni orgánica, ni nacional, ni económica, ni social... es una historia que se interesa más por la construcción de los acontecimientos en el tiempo, por su desaparición y por el resurgir de sus significaciones, que por los acontecimientos en sí mismos; más por la reutilización y los usos del pasado y por su impronta sobre los sucesivos presentes, que por el pasado tal como ha acontecido; más por la manera en que ha sido formulada y transmitida la tradición, que por la tradición en sí misma. Una historia que no es ni resurrección, ni reconstitución, ni reconstrucción, ni incluso representación, sino rememoración en el sentido más fuerte de la palabra⁶. Una actitud consecuente con estos principios exigiría a los historiadores un esfuerzo de reflexión⁷ y de adaptación de sus estrategias profesionales, que posiblemente muchos no estén dispuestos o en condiciones de desarrollar, aunque caigan rendidos ante la gran capacidad seductora del término Memoria, y lo sigan incluyendo en sus trabajos.

Pero es que además, como indica la profesora Josefina Cuesta recogiendo los testimonios de otros estudiosos como Yves Lequin y Pierre Norá, el objeto y el interés de esta perspectiva radican en la indagación de la huella que dejan los acontecimientos, en no contentarse simplemente con identificar una tradición, sino en averiguar la manera como se transmite; en no concebir el desarrollo del pasado de forma unívoca y lineal, sino en identificar y definir las modalidades de su reutilización⁸. Por todo ello, los estudiosos de la Memoria tendrían que apostar por una historia de las representaciones modesta y ambiciosa, tradicional y muy nueva a la vez, que proponga una exploración selectiva y sabia de la herencia colectiva, diferente de la historia nacional positivista del siglo pasado, de la que recupera los centros de atención, y de la historia de las mentalidades, de la que hereda el interés por una verdad puramente simbólica⁹.

Así pues, de lo que se trata es de comprender la administración del pasado en el presente, mediante la disección de sus polos de fijación más significativos, de observar cuáles son los puntos de cristalización de la memoria, de poner en evidencia una organización inconsciente de la memoria colectiva. Porque lo que cuenta es el tipo de relación del pasado con el presente y la manera en que el presente utiliza y reconstruye el pasado. Ese es el gran reto que debemos afrontar los historiadores del Tiempo Presente, porque como indica Valensi, en la medida en que las secuencias del pasado forman nuestra identidad narrativa, en la medida en la que nos dicen lo que somos, la reinterpretación del pasado es un trabajo siempre por reelaborar, una labor de Penélope, que asegura la continuidad de la casa de Ulises deshaciendo cada día el trabajo realizado la víspera¹⁰. Y todo esto conduce a que, como indica el profesor

⁵ En el Congreso *Historia de la Transición en España. El Sur como ámbito de investigación y de estudio*, celebrado en Almería, en enero del año 2000, realizamos algunas reflexiones sobre la transición a la democracia en España, desde los planteamientos historiográficos que aquí defendemos. Vid. SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J.: "La transición a la democracia en España desde los fundamentos de la Historia del Tiempo Presente", en LEMUS, E. y QUIROSA, R. (coords.), *La transición en Andalucía*, Universidad de Huelva, Huelva, 2002, pp. 83-100.

⁶ NORA, Pierre: "La aventura de 'Les lieux de mémoire'", en CUESTA BUSTILLO, J. (ed.), *Memoria e Historia*. Revista Ayer, n.º 32, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 24.

⁷ Dos lecturas muy recomendables que pueden ayudar a desbrozar el camino son los libros de TODOROV, T.: *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, publicado en Península en el año 2002, y el libro colectivo promovido por la Academia Universal de las Culturas, titulado *¿Por qué recordar?* que apareció en Ediciones Granica, en el año 2002.

⁸ CUESTA BUSTILLO, J.: "Memoria e Historia. Un estado de la cuestión", en CUESTA BUSTILLO, J. (ed.), *Memoria e Historia*, Revista Ayer, n.º 32, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 221.

⁹ *Ibidem*, p. 220.

¹⁰ VALENSI, L.: "Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos", en CUESTA BUSTILLO, Josefina (ed.), *Memoria e Historia*, Revista Ayer, n.º 32, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 68

González Requena en su más que interesante y recomendable libro, no podamos considerar el presente como una época o período, ni siquiera como un estadio; habría que percibir el presente como un umbral inestable y móvil, como la hendidura en la que el pasado puede en todo instante desbaratarse, porque los nuevos acontecimientos pueden dejar vacíos de sentido los discursos del pasado, o lo que es lo mismo, los moldes de inteligibilidad que configuran lo que llamamos Historia¹¹.

1. MEMORIA, HISTORIA Y VERDAD

Llegados a este punto, deberíamos establecer una primera distinción entre *historia* y *memoria*, entre el saber científico de los hechos pasados, y la percepción de esos hechos pasados por los contemporáneos y sus descendientes, con lo que nos situaríamos ante el apasionante y complejo tema de la construcción social del recuerdo.

Por una parte, no cabe la menor duda de que la historia permite exponer los orígenes del presente e iluminar las circunstancias de su gestación, funcionamiento y transformación, y de que el conocimiento histórico basado en el concepto de racionalidad, ha demostrado una gran capacidad para discriminar objetivamente la verdad frente al mito histórico y la propaganda, y su imprescindible practicidad social¹².

Pero, otra cosa es, como veremos, la imposibilidad ontológica de que sobre el pasado se pueda obtener un conocimiento definitivo y verdadero, la incapacidad para alcanzar una verdad absoluta sobre cualquier suceso pretérito, y, por tanto, que no podamos reconstruir el pasado tal y como realmente sucedió¹³. Como indica el filósofo Reyes Mate en un interesante artículo: *No conviene confundir el manoseo del pasado con la memoria. Por eso conviene preguntarse, ahora que tanto hablamos de historia, qué significa recordar realmente. Desde luego, no puede significar recordar como realmente ha sido. El pasado, pasado está y no hay manera de fotografiarlo*¹⁴. Sin embargo, la aceptación de este límite epistemológico no ha impedido el desarrollo académico de la disciplina histórica, ni ha supuesto un grave problema para aquellos historiadores que defienden y pugnan por conseguir un status científico para la historia, dentro de las denominadas ciencias sociales.

En cuanto al de memoria habría que decir que no es ni puede ser un concepto equivalente al de historia, a pesar del amplio territorio común compartido y de lo frecuente que resulta observar cómo los historiadores suelen utilizarlos indistintamente, hasta el punto de concederles, en muchas ocasiones, la categoría de sinónimos. De ese confusionismo proviene, a nuestro modo de ver, el escaso eco alcanzado por los que propugnan ese cambio de perspectiva, por los que defienden la memoria como campo específico de estudio para los historiadores. Sin embargo, si profundizamos en los matices diferenciales podremos observar fácilmente que se abre un amplio abanico de posibilidades muy útiles para el esclarecimiento del pasado.

Ya hemos indicado que el ámbito, el territorio de la memoria, está constituido por la interacción y la dialéctica entre el pasado y el presente, pues sólo estudiando esas interrelaciones podremos detectar cómo el presente condiciona la visión y percepción del pasado, en qué medida exige revisiones históricas, y de qué manera está influido por el pasado. Porque como toda sociedad es un producto histórico, resulta inconcebible una sociedad sin memoria, pues

¹¹ GONZÁLEZ REQUENA, J.: *El espectáculo informativo o la amenaza de lo real*, Madrid, Akal, 1989, p. 73.

¹² MORADIELLOS, E.: *El oficio de historiador*, Madrid, Siglos XXI, 1994, pp. 14-17.

¹³ *Ibidem*, p. 34.

¹⁴ *El País*, 20 diciembre de 1997. REYES MATE, "La memoria es peligrosa".

todas las sociedades tienen necesariamente una conciencia temporal, más o menos desarrollada, de su pasado. Pero es que, además, como indica Jorge Semprum recordando a Marc Bloch, fusilado por los nazis en junio de 1944, *es el presente quien plantea y formula las cuestiones del pasado y es el pasado quien esclarece la extraña singularidad del presente*¹⁵.

Habría pues que realizar, según Jorge Semprum, un trabajo de actualización de la memoria histórica y de memorización crítica de la actualidad. Pero es que además, resulta muy difícil rehuir o ignorar el pasado. Santos Juliá expresó muy bien esta circunstancia, cuando en 1995, la etapa más crítica de los gobiernos socialistas, con continuas acusaciones de corrupción y una sociedad perpleja, desilusionada y desorientada, escribió que no se puede ocultar la realidad y la verdad, ni vivir de espaldas al pasado: *Desmemoriada como toda comunidad humana, pues sin una dosis de olvido es imposible vivir, la española tendió tal vez a olvidar demasiado sus raíces históricas... Y de pronto, toda la historia olvidada, como soterrada en nuestra memoria, se nos ha subido a la cara y el espejo en que nos contemplábamos ufanos cada mañana, sin poderlo resistir, ha saltado hecho añicos*¹⁶.

Sin embargo, el problema previo que deberíamos plantearnos es si es correcto hablar de memoria colectiva, porque en sentido estricto, sólo existe la memoria individual. Álvarez Junco plantea muy bien esta cuestión cuando indica que *sólo se puede tener memoria de lo que se ha vivido directamente, porque la memoria es la facultad que poseen los seres vivos de reproducir en su mente acontecimientos vividos en el pasado. Y en ese sentido, cuando se habla o se trata de abonar la memoria colectiva, se presupone y exige la identificación del sujeto con un ente colectivo que sería continuador de aquel otro con el que suponemos se identificaron los protagonistas de acontecimientos pretéritos cuyo desarrollo ni siquiera conocemos con certeza*¹⁷.

Es decir, un planteamiento de este tipo nos introduce de lleno en tres cuestiones capitales relacionadas con la memoria, que deberemos abordar en las páginas siguientes.

- La relación entre *memoria e identidad*, que llevada a su extremo podría conducirnos a los peligrosos vericuetos de los esencialismos.
- La vinculación entre memoria y recuerdo, es decir el *carácter selectivo de la memoria*: sólo está en la memoria lo que se recuerda, o lo que se desea recordar.
- Y por último, algo que ya hemos apuntado, la imposibilidad de conocer y recordar con certeza el pasado abre un amplio espacio para la *distorsión, la manipulación e, incluso, el absurdo*¹⁸.

Cuestiones a las que debería añadirse el *carácter artificial* de la memoria colectiva, que hay que concebir como memoria exenta, que no tiene un carácter genético o neuronal, sino que debe adquirirse y crearse. Como indica José María Guelbenzu: *Puede que el presente se improvise, pero el conocimiento y la memoria no se improvisan. Se pueden adquirir, mas con interés, esfuerzo y dedicación. Y aún así quedará pendiente el haberlos vivido*¹⁹.

Las tres primeras cuestiones extrapolables a la memoria colectiva, son en realidad características de la memoria individual, y así lo han constatado numerosos personajes que se han dedicado a estos menesteres. Fernando Fernán Gómez considera que toda memoria distorsiona el pasado, no cree en la memoria como un ejercicio de nostalgia: *La*

¹⁵ *El País*, 10 abril de 1995. Jorge SEMPRUM, "Memoria del ex deportado" 44.904.

¹⁶ *El País*, 5 de marzo de 1995. Santos JULIÁ, "Espejo roto".

¹⁷ *El País*, 29 de diciembre de 1997. José ÁLVAREZ JUNCO, "De historia y amnesia".

¹⁸ *El País*, 29 de diciembre de 1997. José ÁLVAREZ JUNCO, "De historia y amnesia".

¹⁹ *El País*, 15 de noviembre de 1999. José María GULBENZU, "Mi siglo".

*memoria me sirve de anecdotario, de suma de recuerdos. Recordar es divertirme, porque recordar es mentir*²⁰. Por su parte, el escritor José Manuel Caballero Bonald considera a las memorias individuales como un género de ficción porque resulta imposible recordar con precisión los acontecimientos de toda una vida: “*Los espacios que no puedo descifrar o que se han borrado, los cubro con ficciones. La verdad o la sinceridad no son nada en literatura*”²¹.

2. LOS PROBLEMAS DE LA MEMORIA EN EL TIEMPO PRESENTE Y SU REFLEJO EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

En la actualidad, las alusiones y las reflexiones sobre la memoria histórica se han incrementado considerablemente, hasta el punto de que aparecen profusa y redundantemente en los medios de comunicación, como prueba de que suscitan (o de que con ellas se pretende provocar) un cierto interés en la opinión pública de los países occidentales. Una prueba de ello, es que muchas de las referencias de autoridad incluidas en este trabajo, se han extraído intencionadamente de artículos de opinión o de reportajes aparecidos en diarios españoles de tirada nacional, durante estos últimos años. Por otra parte, los aniversarios y la conmemoraciones de algunos acontecimientos históricos relevantes, como la caída del muro de Berlín, las transiciones políticas en la Europa del Este, la transición a la democracia en España, la finalización de la segunda guerra mundial, el noventa y ocho, los centenarios de Carlos V, Felipe II, Velázquez, ¿Felipe V?, etc. propician nuevas relecturas o interpretaciones del pasado en consonancia con los tiempos en que vivimos, y llenan las páginas de los periódicos con ideas e indicaciones, algunas de ellas de indudable interés para los propios historiadores.

En este sentido, el Premio Nobel de Literatura y Premio Príncipe de Asturias de las Letras de 1999, el escritor alemán Günter Grass, ocupó numerosas páginas de prensa durante los meses de octubre y noviembre de ese año, llamando insistentemente la atención sobre algunas preocupaciones, casi obsesiones, que le han acompañado toda la vida, que impregnan su magna obra literaria, y que se condensan en esta frase inapelable: *Esta claro que las nuevas generaciones no tienen la culpa de Auschwitz, pero son responsables de que aquellos crímenes no se repitan*. Ni se puede hacer tabla rasa del pasado, ni se puede rehuir la historia, porque las experiencias de los tiempos pasados son parte del presente, y la historia siempre acaba atrapando²². La historia hay que conocerla para no repetir sus errores, y las naciones tienen que enfrentarse continuamente con su pasado, vivir con su historia, y procurar que determinadas cosas no se vuelvan a repetir. A su entender, sólo la falta de memoria puede generar la ilusión de que el fantasma del fascismo se acabó al terminar la guerra mundial, convencimiento que incluso le lleva a formular un pequeño reproche a los españoles, al preguntarles por qué se habían olvidado de las responsabilidades de los que hicieron el fascismo; la memoria, nos dijo, nos ha venido muy bien en Alemania²³.

Así pues, y aunque todo haya que relativizarlo, porque como irónicamente nos recuerda Emilio Lamo de Espinosa aludiendo a las abundantísimas conmemoraciones y remembranzas –*tan malo es olvidarse del pasado (ya se sabe, quien lo olvida está condenado a repetirlo)*

²⁰ *El País*, 20 agosto de 1999. “Fernán Gómez niega que la memoria sea un ejercicio de nostalgia”.

²¹ *El País*, 20 agosto de 1999. “Historiadores e intelectuales defienden que se estudie más el franquismo y la transición”.

²² *El País*, 2 de octubre de 1999. “Günter Grass, las opiniones de un disidente”.

²³ *El País*, 2 de octubre de 1999. Juan CRUZ, “El árbol de Camus”.

como enfangarse en él. Pues no sabría decir quién es más compulsivo, si el que de puro olvido se ve obligado a hacer las mismas cosas una y otra vez o el que, afanado en recordar, jamás alcanza a ver la luz del presente²⁴-, no nos cabe duda de que en las sociedades actuales se hacen cada vez más necesario estos ejercicios retrospectivos para dotar de inteligibilidad al presente.

En el mundo occidental, el de la globalización e Internet, resulta que cada vez existe más dificultad para interpretar la realidad, y no precisamente, como fácilmente podrá suponerse por falta de información sobre el pasado, sino precisamente por todo lo contrario, por su exceso. Y es que la abundancia de información no contribuye a incrementar el conocimiento medio de las cosas. El problema no es pues de información, es de conocimiento, porque *la angustia de la abundancia puede producir una especie de renuncia al conocimiento, o al entendimiento*. Y esa abundancia de información, unas veces generará tergiversaciones o intoxicaciones interesadas, otras permitirá llegar a conclusiones erróneas, y en no pocas ocasiones lo que se generará será indiferencia y un sentimiento colectivo de impotencia. La única solución viable consiste en pasar lo más rápidamente de la sociedad de la información, a la sociedad del conocimiento, y en esta transición, los historiadores tenemos una importante e ineludible función que cumplir, y que consiste básicamente en escudriñar en la memoria para hacer más inteligible el presente al conjunto de los ciudadanos.

En este sentido, la primera constatación que debería tenerse en cuenta es el carácter inevitablemente manipulable del pasado, o mejor del pasado que se utiliza para conformar la memoria histórica. Pero la aceptación de la imposibilidad de reconstruir fielmente el pasado no significa que tenga que aceptarse, como una irremediable fatalidad, el carácter manipulable, maleable, moldeable de la memoria, y que por ello, como historiadores ansiosos buscadores de la verdad y la objetividad, concedamos a la memoria histórica una importancia secundaria en nuestros trabajos. Al contrario debe servir para afilar nuestras herramientas de análisis con las que poder hacer frente a dicha realidad. Andrés Ortega, asiduo articulista de *El País* lo expresa muy bien cuando indica que *el problema no es el pasado, pues probablemente no se conocerá nunca*, pero lo que sí podemos intentar saber *es como se esgrime el pasado o lo que se considera tal en el presente... pues no se manipula el pasado, sino el recuerdo*²⁵. Y eso sí que debería constituir, añadimos nosotros, un interesante objeto de estudio para los historiadores del tiempo presente.

Un aspecto fundamental a tener cuenta en el desarrollo de estas cuestiones es el de la permanente reescritura de la historia, del constante diálogo entre el presente y el pasado. En ocasiones estos cambios en la percepción del pasado pueden obedecer sin más a avances en el conocimiento de la disciplina histórica y al esfuerzo profesional de los historiadores por desentrañar aspectos desconocidos o interpretaciones novedosas.

Como dice Borja de Riquer, refiriéndose al libro de Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox²⁶ en el que desarrollan su teoría acerca de la normalidad histórica de España durante la etapa contemporánea: *Los buenos libros de historia son aquellos que tienen capacidad de hacer reflexionar a sus lectores, ya que les sugieren visiones del pasado que, parcial o totalmente, difieren de aquellas a las que están acostumbrados*²⁷. Hay veces que enfoques diferentes descubren aspectos o cuestiones antes ignoradas o silenciadas, y no por ello debe considerarse que un cambio de óptica en la interpretación de algunos acontecimientos deba presuponer la existencia de una intencionalidad ideológica incuestionable, o que la versión anterior fuera la auténtica

²⁴ *El País*, 8 junio de 1998. Emilio LAMO DE ESPINOSA, "Funes el Memorioso".

²⁵ *El País*, 8 diciembre de 1997. Andrés ORTEGA, "Recuerdos renovados".

²⁶ FUSI, J. P. y PALAFOX, J.: *España 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

²⁷ *El País*, 17 de marzo, 1998. Borja de RIQUER I PERMANYER, "La historia de un país normal, pero no tanto".

y que la nueva obediencia a turbios intereses. Lo otro, las rigideces en la interpretación del pasado, el temor a las inseguridades y las certezas o verdades universales puede resultar peligroso, porque esa visión también supone una forma de memoria.

A pesar de ello, incluso en casos como el anterior, el del libro de Fusi y Palafox, hay quien lo interpreta con otras claves más ideológicas. Así, y aunque ahora no nos interesa entrar de lleno en esta cuestión, sino sólo constatar esa realidad, el diplomático José María Ridaio enfatiza su discrepancia con las tesis de Fusi y Palafox, aludiendo, entre otras cosas, a que esa interpretación conviene ideológicamente a los conservadores y a una parte de la izquierda, porque rehabilita unas tradiciones políticas e ideológicas que les son muy queridas, y porque con la nueva consigna... *La proclamada normalidad de España les permite encontrar paralelismos reconfortantes y hasta exculpatorios en la historia de Europa...*²⁸.

Pero en otras muchas ocasiones, como indica Andrés Ortega, la búsqueda de una nueva tradición no es inocente. En muchos países se experimenta la necesidad de revisar su historia porque la guerra fría mantuvo congeladas muchas verdades y mentiras²⁹. Así por ejemplo, en noviembre de 1999, Pilar Bonet escribía en *El País*: *No simplificar el pasado de la RDA, no imaginarlo como un mundo de delatores y espías. Este es el mensaje que comienza a abrirse paso hacia la verdadera unificación alemana. En Alemania existen dos memorias diferentes y los portadores de la memoria de la RDA exigen el derecho al recuerdo pluridimensional que les ha sido negado en estos años*³⁰. Y en el mismo sentido se expresaba Gianni Baget Bozzo, aludiendo a un tema de quizás mayor alcance, cuando apuntaba que con la caída del Muro parece que también ha llegado a su fin la idea decimonónica de revolución, aunque apuntaba que *Esto se vio ya en 1989, en la conmemoración del inicio de la Revolución Francesa, que trajo la apología de Luis XVI y el recuerdo doloroso de La Vendée*³¹.

En nuestro país, y sobre todo al hilo de las conmemoraciones y de las efemérides, también se han ido matizando nuestras percepciones sobre algunos aspectos importantes de nuestro pasado que integran nuestra memoria colectiva. Y los críticos como Ridaio no han desaprovechado la ocasión para significarlo, con una provocadora ironía: *Después de haber asistido en estos años a la consagración de Felipe II como príncipe humanista, de Cánovas como campeón de la democracia, de García Lorca como imprecisa víctima de la guerra civil y de la generación del 98 como fundamento de la modernidad, ¿quién puede sorprenderse de que el Partido Popular quisiera convertir el “golpe fascista militar” de Franco en un “enfrentamiento fratricida en el que una generación de españoles se inmoló en una prueba de sinrazón y odio?”*³².

Llegados a este punto, quizás habría que establecer matizaciones entre la memoria académica, construida básicamente por historiadores, y la memoria oficial utilizada generalmente con fines políticos, que puede coincidir o no con la primera, y en la que los historiadores pueden alcanzar un mayor o menor protagonismo, dependiendo de las circunstancias, porque en las sociedades actuales, los historiadores no son los únicos encargados de fijar la memoria colectiva de las diferentes sociedades. Otros especialistas en ciencias sociales, en ocasiones los propios políticos, los periodistas, los promotores de determinadas ideologías, etc., asumen y desempeñan con mayor o menor fortuna dicha función. Así, Bartosek ha constatado que en los países del Este, la conformación de una nueva memoria oficial, apenas se encuentra controlada por los historiadores sino por los nuevos mandatarios que se consideran especialistas

²⁸ *El País*, 19 de noviembre de 1999. José María RIDAIO, “La norma y el azar”.

²⁹ *El País*, 8 diciembre de 1997. Andrés ORTEGA, “Recuerdos renovados”.

³⁰ *El País*, 7 noviembre de 1999. Pilar BONET, “Alemania. La unión empieza ahora”.

³¹ *El País*, 11 de enero 1995. Gianni BAGET BOZZO, “Un tiempo de incertidumbres”.

³² *El País*, 19 de noviembre de 1999. José María RIDAIO, “La norma y el azar”.

en historia reciente, y que se está imponiendo por procedimientos de lo más diverso: *en el país checo, como en otras partes, el nuevo poder no puede existir sin interpretar cada día la historia reciente... hay que constatar que una nueva memoria oficial se impone...*³³

Lógicamente, esta memoria oficial cuando se aleja excesivamente de la académica, se fundamenta en una manipulación interesada de la realidad, desempeñando una función legitimadora que, en algunos casos, puede resultar muy perjudicial para el desarrollo y la madurez de determinadas sociedades. Así, Hermann Tertsch se lamenta del *Mal asunto éste de utilizar la memoria selectiva con fines políticos cuando los hechos que se manipulan son el genocidio o el sufrimiento del propio pueblo. Talante tan cainita mal puede generar el consenso democrático que estos países necesitan para el esfuerzo de su integración en Europa*³⁴.

Un ejemplo claro de cómo actúa esta memoria oficial con fines políticos fue la conmemoración del décimo aniversario de la caída del muro, en la que los principales protagonistas del acontecimiento, los ciudadanos de la Alemania Democrática, quedaron prácticamente excluidos de los actos oficiales, para que refulgiera la estrella de los líderes políticos occidentales, y sobre todo de Gorbachov, a los que pese a sus esfuerzos y desvelos el acontecimiento en sí les cogió desprevenidos³⁵. Contra esta memoria oficial, tergiversadora y manipuladora interesadamente de la realidad, se necesita un fuerte compromiso por parte de los historiadores y de los intelectuales en general, que como Günter Gras no escatiman esfuerzos para rebelarse contra la historia oficial y las *instituciones que la amparan con la protectora opacidad del mito*³⁶.

3. MEMORIA Y OLVIDO

Otro problema relacionado con lo anterior, lo ha planteado con mucha precisión el profesor Reyes Mate, en su artículo “La memoria es peligrosa” publicado en El País en diciembre de 1997. Recordar realmente *no puede significar recordar como realmente ha sido*, sino algo mucho más modesto y muy diferente, significa saber que cuando recordamos, olvidamos, idea que aplicada a los nacionalismos le sirve para indicar que éstos recuerdan mucho pero olvidan más. Así pues, como el olvido resulta inevitable en el acto de aprendizaje del pasado, nada más conveniente para evitar adulteraciones y visiones mitológicas del pasado que ironizar sobre nuestros recuerdos y escuchar a las víctimas de los recuerdos que celebramos y tanto nos enorgullecen³⁷.

Pero hay ocasiones en que el olvido además de inevitable, resulta necesario³⁸. Ya lo planteaba Borges en su relato sobre Funes el memorioso, y también el propio Reyes Mate cuando al tiempo que indica que *Para vivir hay que olvidar (ya que) el tiempo, que es olvido, todo lo cura*, advierte que de ello se aprovecha el político de raza, que lo sabe por instinto, y *por eso echa una mano al olvido creando mitos*³⁹. Andrés Ortega corrobora esta impresión cuando alude a que, en efecto, *Muchas de las transiciones políticas de la distensión y de la guerra fría se hicieron echando tierra sobre unos recuerdos que hoy pueden volver*, aunque afortu-

³³ BARTOSEK, K.: “Los regímenes poscomunistas y la memoria del tiempo presente”, en CUESTA BUSTILLO, Josefina (ed.), *Memoria e Historia*, Revista *Ayer*, n.º 32, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 114.

³⁴ *El País*, 6 noviembre 1999. Hermann TERTSCH, “Los malos talentos”.

³⁵ *El Mundo*, 7 noviembre de 1999. “Berlín da la espalda a los auténticos artífices de la caída del muro”.

³⁶ *ABC*, 1 de octubre de 1999, p. 53

³⁷ *El País*, 20 de diciembre de 1997. Reyes MATE, “La memoria es peligrosa”.

³⁸ A este respecto, considero muy interesantes las reflexiones de Paul RICOEUR, en su libro *La Lectura del Tiempo Pasado: Memoria y Olvido*, publicado en 1999 en la Colección Punto Cero de la Editorial Arrecife.

³⁹ *Ibidem*.

nadamente cree y constata que al final siempre se acaba buscando el recuerdo y experimentando la necesidad de revisar algunos de los mitos, que sirvieron para magnificar determinados procesos y realidades⁴⁰.

Pero no solamente, el olvido surge de la utilización parcial e interesada de la historia, por parte de los poderes políticos o económicos. También hay ocasiones en que las sociedades prefieren refugiarse en el olvido, en la amnesia colectiva. García de Cortazar ha escrito que las naciones cuando lo necesitan *acuden a la memoria o, incluso, a la amnesia colectiva, olvidando selectivamente las cosas que no son de su agrado*⁴¹. Algo de eso sucede, según Alexandr Tsipkó, en Rusia, que *está enferma del espíritu. En las almas de las gentes conviven las antiguas ofensas, pasiones y mitos con los productos de la nueva propaganda. Viven como gente de paso. No tienen conciencia nacional ni memoria histórica. La gente ha olvidado (ha preferido u optado por olvidar) cómo era hace diez años*⁴². Una opción que Alexandr Tsipkó achaca a una especie de mala conciencia colectiva por haberse dejado obnubilar por Yeltsin en lugar de Gorbachov. Así, según este politólogo ruso, en el décimo aniversario de la perestroika nadie se arriesgó a decir una palabra positiva sobre ella, ni sobre Gorbachov. No ya por miedo, sino porque sienten rabia por su propia traición, por haber abandonado al líder soviético. Por ello, por un sentimiento de defensa, Gorbachov es una de las personas más odiadas de Rusia. Todos le culpan de muchos de sus propios pecados. Resulta preferible el olvido, no asumir el pasado, ante la penosa realidad.

Hermann Tertsch también se hace eco de la extraordinaria rapidez del olvido en la Europa del Este, cuando plantea que le resulta casi incomprensible, o cuanto menos *chocante que Honecker o Ceaucescu sean hoy tan lejanos como Von Bismarck o Carlos IV... ¿Cómo es posible que personajes que han gobernado durante cuarenta años en sus Estados, con un balance terrorífico y una herencia que siguen sufriendo sus compatriotas, dejen tan poca huella personal?... Un día después de caer el régimen, muchos de los que antes ocupaban puestos de responsabilidad y desarrollaban funciones represivas (aparecen como) demócratas o disidentes clandestinos de toda la vida*⁴³.

Al hilo del cincuentenario de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, Jorge Semprum, ex deportado 44.904 que estuvo en el campo de concentración de Duchewald, reflexionó públicamente sobre su malhadada experiencia, reconociendo que *Todos los supervivientes, los reaparecidos hemos conocido esa tentación de silencio: esa tentativa de borrar, o al menos de difuminar el escándalo sobresaltado de una memoria repleta de horror, mediante una cura de silencio, una paciente terapia del olvido (una especie de tentativa de reconstruirnos una identidad sobre la amnesia deliberada)*⁴⁴.

Pero, al tiempo que experimentaba esa sensación, confiesa que rebrotaba en su interior la ineludible necesidad, preñada de responsabilidad, de vaciar y purificar su memoria, de hablar, de volver a ejercer de testigo. Y junto a esa exigencia, el convencimiento del deber de proyectar sobre ese pasado una reflexión crítica que condujera a la transmisión de la memoria histórica a las nuevas generaciones: *“De poco servirían ésta y otras conmemoraciones, por solemnes y emotivas que sean, si no fuéramos capaces de conectar con la juventud europea... Transmitir lo esencial para ayudar a dicha juventud a orientarse en las luchas de hoy contra la purificación étnica y los fundamentalismos de todo tipo”*⁴⁵.

⁴⁰ *El País*, 8 de diciembre de 1997. Andrés ORTEGA, “Recuerdos renovado”.

⁴¹ *El Mundo*, 17 agosto de 1999. “Memoria de un país”.

⁴² *El País*, 10 de marzo de 1995. Alexandr TSIPKÓ, “La corta memoria de Rusia”.

⁴³ *El País*, 7 de noviembre de 1999. Hermann TERTSCH, “El retorno de la Europa olvidada”.

⁴⁴ *El País*, 10 de abril de 1995. Jorge SEMPRUM, “Memoria del ex deportado 44.904”.

⁴⁵ *Ibidem*.

El escritor Antonio Muñoz Molina también ha reflexionado sobre la presencia del pasado en el presente, con motivo de la conmemoración del cincuentenario del final de la Segunda Guerra Mundial. El narrador jienense llama la atención sobre algo que le resulta muy preocupante, y que ya hemos apuntado en otro lugar, cuando nos referíamos a las características de la sociedad actual, sobresaturada de información y carente de conocimiento: *Todo se puebla de conmemoraciones y sin embargo nadie parece recordar...*

Las consecuencias de tan preocupante situación, no por evidentes, resultan menos corrosivas: que los muertos de ahora parezcan menos relevantes de los de hace cincuenta años, que el paso del tiempo, la mayor distancia temporal con respecto a los acontecimientos incrementa el peligro de que la memoria del horror se apacigüe y la mentira tenga más ocasión de prevalecer, y que la mentira o el simple olvido borre a los que sufrieron y dignifique retrospectivamente a los ejecutores.

Pero también en épocas recientes y en el mundo occidental pueden apreciarse estas circunstancias. Como indica Vargas Llosa, refiriéndose a Mitterrand –resaltando su turbio pasado que al final fue conocido sin excesivos reproches por sus compatriotas–, hay veces que la opinión pública prefiere *la amnesia o el estrabismo a tener que decepcionarse y reconocer la idolatría*⁴⁶.

Y en España, las valoraciones sobre la transición democrática tras la muerte de Franco, han subrayado también esta cuestión. El propio Muñoz Molina ha escrito que *parte del éxito de la transición (española) se cimentó sobre el olvido mutuo y la suspensión del pasado, o sobre la renuncia a utilizarlo políticamente, para ser más exactos*⁴⁷. El psiquiatra y humanista Carlos Castilla del Pino, aunque considera que la transición española fue ejemplar, cree muy necesario, ineludible, escribir la historia. *Hay que olvidar, pero la historia debe escribirse, porque esa es la única forma posible de olvido*⁴⁸. Y Reyes Mate, enfatiza que durante la transición hubo tanta *prisa por olvidar y hemos sido tan eficaces que a los 10 años de la muerte del dictador la mitad de los escolares no sabían quién era Franco, pues todavía, decían, no hemos dado esa lección*⁴⁹.

Otro aspecto fundamental es el de la confusión del olvido con el perdón, o lo que es lo mismo, la relación entre la memoria histórica y la justicia, y que se resume en la idea reiterativa de que no se debe confundir la amnesia con la amnistía. Así, y continuando con el tema de la transición española, Reyes Mate considera necesario significar, con algún punto de ironía, que *La transición política española también creó sus mitos... El resultado fue una transición que confundió perdón con olvido y donde al final, y oyendo lo que se dice, resulta que la dictadura apenas si existió y que los franquistas trajeron la democracia. Hemos idealizado la transición porque se consiguió la reconciliación de las dos Españas, de las tres religiones y de las cuatro estaciones*⁵⁰.

Y es que en la actualidad, cada vez son más los intelectuales que plantean la necesidad de diferenciar la amnesia de la amnistía. El propio Javier Tusell, director del *Curso sobre Memoria, memorialistas e Historia* celebrado en el verano de 1999 en la UIMP de Santander, al reivindicar la necesidad de que se incrementen los estudios sobre el franquismo y la transición, no ha dudado en afirmar que *en otro tiempo utilizamos la amnesia, pero ahora hay que convertir esa amnesia en amnistía*⁵¹. Y es que como indica Joaquín Estefanía en la reseña biblio-

⁴⁶ *El País*, 23 de abril de 1995. Mario VARGAS LLOSA, “El fin de la impostura”.

⁴⁷ *El País*, 9 noviembre de 1997. Antonio MÚÑOZ MOLINA, “La historia y el olvido”.

⁴⁸ *La Razón*, 21 de agosto de 1999. “La transición fue ejemplar, pero hay que escribir la historia”.

⁴⁹ *El País*, 20 de diciembre de 1997. Reyes MATE, “La memoria es peligrosa”.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ *El País*, 20 de agosto de 1999. “Historiadores e intelectuales defienden que se estudie más el franquismo y la transición”.

gráfica sobre el libro de Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, que lleva el expresivo título de la memoria insumisa⁵², *Para hacer las paces con el pasado hay que conocer lo que sucedió: no se debe olvidar la dictadura franquista ni rebajar el nivel de tiranía de aquel régimen, relativizando sus efectos devastadores. Si se hurtó a los ciudadanos durante muchos años la libertad, no es sensato que se les quiera robar también la memoria*⁵³.

Y por supuesto que este problema también se aprecia en otras latitudes. Mario Benedetti, el famoso escritor uruguayo, con motivo de las declaraciones en 1995 del capitán de corbeta Adolfo Scilingo sobre las torturas, castigos y asesinatos de presos argentinos –les lanzaban al mar desde aviones– durante las dictaduras argentinas en los años 70, considera que *el olvido estuvo lleno de memoria, y esa memoria siempre ha pugnado por salir a la superficie para mostrarle al mundo que el olvido es inútil, hipócrita y perverso*, lo cual no quiere decir que el móvil del recuerdo tenga que ser necesariamente la venganza. Porque una cosa es la venganza, y otra la justicia y la necesidad de información sobre el pasado: *“Siempre es un mal síntoma cuando un gobernante intenta basar su poder en un olvido colectivo... El significado superficial es que no cultivemos el rencor ni la venganza. No está mal. Pero el significado recóndito es que renunciemos a ser justos... No obstante, ningún pueblo ha de lograr una verdadera paz si tiene un siniestro pasado pendiente”*⁵⁴. En parecidos términos se manifiesta Pilar Bonet, cuando refiriéndose a la Alemania unificada, considera que después de 10 años, la unión empieza ahora, momento en el que comienzan a dejar de funcionar los tribunales especiales para juzgar los delitos de la RDA, pero también en el que *la elaboración del pasado se concentrará en otros aspectos diferentes a los penales. En lugar del tribunal habrá una nueva institución que abordará las injusticias de la RDA desde un punto de vista histórico*⁵⁵.

4. LOS HISTORIADORES ANTE LA MEMORIA HISTÓRICA Y EL TIEMPO PRESENTE

De todo lo dicho hasta aquí, resulta fácil deducir que el problema de la memoria, de la conformación y difusión del imaginario colectivo, preocupa y está muy presente en las sociedades actuales, hasta el punto de que ha trascendido los entornos intelectuales y académicos, para ocupar, como hemos tratado de demostrar, un lugar importante en los medios de comunicación de masas. Ante esta circunstancia, pensamos que los historiadores tenemos que reaccionar para desempeñar correctamente la función social inherente a nuestra profesión.

Por una parte, ya hemos indicado que los historiadores, aunque no por supuesto de manera exclusiva, tienen una gran responsabilidad en las imágenes y percepciones que del pasado existen en las diferentes organizaciones sociales. Son ellos los que profesionalmente se dedican a revisar el pasado, y a proporcionar claves que permitan hacer más comprensible o inteligible el presente. Pero, y como ya ha quedado expuesto, ante las dificultades o imposibilidad de alcanzar un conocimiento incuestionable del pasado, los historiadores, aunque no se lo propongan, y en ocasiones bien que se lo proponen, han de ser conscientes de que el resultado de sus trabajos puede alcanzar mayor trascendencia de la que en principio cabría suponer.

⁵² SARTORIUS, Nicolás y ALFAYA, Javier: *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

⁵³ *El País*, “Babelia”, 20 de noviembre de 1999. Joaquín ESTEFANÍA, Contra la Falsificación histórica. Ensayo. La memoria insumisa. Sobre la Dictadura de Franco.

⁵⁴ *El País*, 24 de marzo de 1995. Mario BENEDETTI, “El elefante memorioso”.

⁵⁵ *El País*, 7 de noviembre de 1999. “Alemania. La unión empieza ahora”.

Entre la inevitable manipulación del pasado y su interesada tergiversación para construir una determinada memoria colectiva oficial, existe un amplio margen para que se desenvuelva la acción de los historiadores, que, a juicio del historiador alemán Hinnerk Bruhns, deberían intervenir en la memoria colectiva para prevenir la utilización política, consciente o no, de imágenes o representaciones estereotipadas⁵⁶. De ser así, los historiadores serían los encargados de que prevaleciera la realidad histórica –y el conocimiento racional del pasado– sobre la ficción y el mito. Aunque otra cosa es, y sobre este aspecto es el que deseamos llamar especialmente la atención, que se tenga que estudiar la ficción y el mito como agentes históricos de primera magnitud.

Pero lo que suele suceder, con más frecuencia quizás de lo deseable, es que muchos historiadores se prestan entusiasmados –aunque algunos lo hagan casi inconscientemente– a contribuir directamente a esa labor de fijación de mitos y símbolos comunitarios, aunque ello suponga un reprochable alejamiento de los criterios de racionalidad y veracidad que son propios de su profesión. El problema surge cuando se sobrepasan determinadas barreras, y al final se acaba admitiendo, como si fuera lo más natural del mundo, que haya historiadores nacionalistas, en lugar de historiadores del Nacionalismo.

Los historiadores del tiempo presente deberían alejarse de esta actitud y orientar sus esfuerzos a explicar y analizar como se construyen, elaboran y difunden los imaginarios colectivos, por parte incluso de algunos de sus colegas, para que los ciudadanos no se encuentren inermes ante los mensajes interesados de los que se dedican a conformar, preservar y proteger su pretendida identidad y su propia memoria colectiva. Los historiadores deberían estudiar ese proceso de reconstrucción ideológica del pasado que condiciona la propia percepción del presente por los diferentes colectivos sociales. Objeto central de interés debería ser, pues, como se reelaboran esas percepciones distorsionadas del pasado y como se transmiten para conformar una cosmovisión colectiva interesada. Al historiador de la Memoria le debería interesar fundamentalmente cómo se falsifica y manipula –téngase en cuenta que no siempre estos términos, en tanto que inevitables, deben entenderse como peyorativos– la memoria colectiva, y los efectos que dicha manipulación producen en la percepción y comprensión del presente.

Desde este punto de vista, más que al estudio de los acontecimientos históricos en sí mismos, el esfuerzo habría que orientarlo hacia la manera en que son elaborados, transmitidos y percibidos, con lo que su cometido no sería tanto el de descubrir, describir o narrar acontecimientos, sino realizar una profunda reflexión sobre ellos, que ayude a entender su función de elementos integrantes de un determinado imaginario colectivo, porque como indica Valensi, la interpretación del acontecimiento no suele ser unitaria, y aunque haya un acuerdo básico en el reconocimiento de la importancia de un determinado acontecimiento *cada corriente de opinión desvía la historia en la dirección que mejor sirve a sus valores y a su posición en el juego político*; y de ahí, la necesidad de indagar cómo se inculcan, y de qué manera, los temas históricos en la memoria colectiva⁵⁷. Es decir, estos historiadores del tiempo presente deberían especializarse en el análisis de los acontecimientos y en sus formas de difusión, con todo lo que ello supone, aspecto que ya tuvimos ocasión de abordar pormenorizadamente en el *Primer Congreso de Historia del Tiempo Presente* celebrado en 1997.

Si no hacen así, si siguen apegados a una erudición que privilegie la información sobre el verdadero conocimiento, o si conscientemente adoptan una actitud militante con respecto al pasado, el vaticinio de Günter Grass acerca de la victoria de la Literatura sobre la

⁵⁶ MORADIELLOS, E.: *El oficio de historiador*, Madrid, Siglos XXI, 1994, p. 17.

⁵⁷ VALENSI, L.: “Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos”, en CUESTA BUSTILLO, J. (ed.), *Memoria e Historia*, Revista Ayer, n.º 32, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 67.

Historia, pensamos que se cumplirá inexorablemente, tal como quedó expresado en su discurso de agradecimiento por la entrega del Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en el teatro Campoamor de Oviedo: ...y cuando, finalmente, el gremio de los historiadores, cansado de pelearse por notas de pie de página, se extravía en la incertidumbre de la post-historia, la Literatura se cotiza mucho. Vive de la crisis. Florece entre los escombros... estoy seguro de que la Historia continúa(rá) epiléptica, y, con ella, siempre en contradicción, la Literatura tiene futuro⁵⁸.

Por nuestra parte, sólo nos resta resaltar nuestra coincidencia con Antonio Muñoz Molina cuando, reflexionando sobre la historia y el olvido, apuesta por un determinado modelo de historiador, el que creemos que necesita el tiempo presente: *La cuestión es si elegimos la molestia de indagar las cosas que sucedieron o preferimos las comodidades del mito. La historia, igual que la ciencia, y a diferencia del dogma, está hecha de incertidumbres, de tentativas de aproximación. El historiador, el científico, aceptan el error y la duda: el predicador solo maneja certezas*⁵⁹.

Procuremos, pues, como historiadores evitar a toda costa considerar la Memoria como el pasado de una ilusión, pero hagamos de las ilusiones colectivas clarividentes objetos de estudio. Ahí tenemos, para empezar, todo un inconmensurable siglo xx con el que experimentar sometiéndolo a preguntas y reflexiones inteligentes. Confiemos que la dificultad de la empresa estimule y avive el entendimiento.

⁵⁸ *El País*, 23 de octubre 1999. Günter GRASS, "Literatura e Historia".

⁵⁹ *El País*, 9 noviembre de 1997. Antonio MUÑOZ MOLINA, "La historia y el olvido".